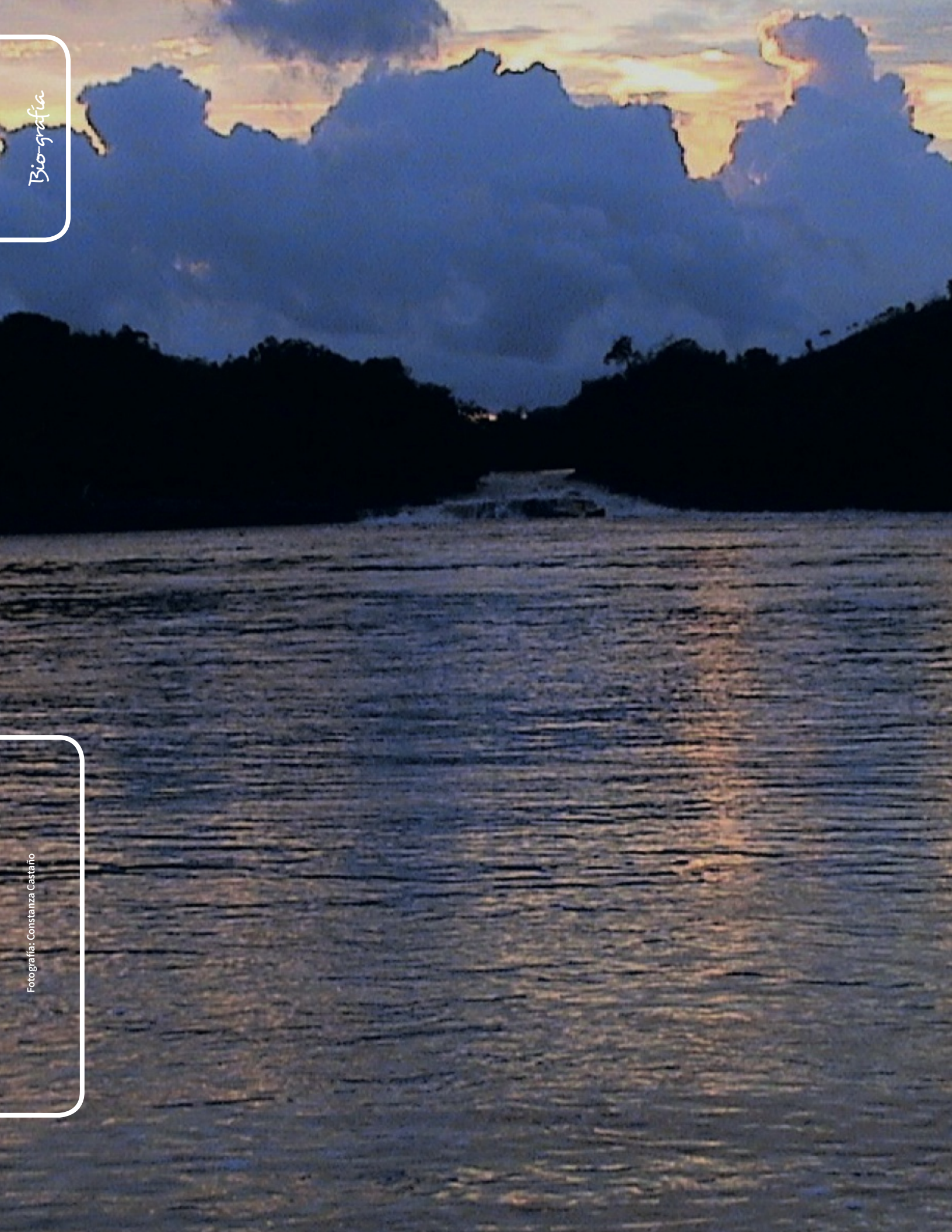


Biografía

Fotografía: Constanza Castaño



# DIÁLOGOS INTERCULTURALES Y CONOCIMIENTO BIOLÓGICO A TRAVÉS DE LA ACTIVIDAD PESQUERA EN LA FRONTERA COLOMBOPERUANA

Fecha de recepción: 14 de agosto de 2013

Fecha de aprobación: 13 de diciembre de 2013

.....

Yessica Alejandra Martínez Sánchez<sup>1</sup>

## Resumen

Esta crónica narra las experiencias de la salida de campo a la región del Amazonas en el primer periodo del año 2013, producto del diálogo intercultural con las comunidades indígenas de la zona de Puerto Nariño y San Antonio, Amazonas. El acercamiento con los pobladores indígenas nos permitió comprender dos aspectos fundamentales de la vida y cultura de esta población. Por un lado, las dinámicas interculturales que emergen de una de las actividades más representativas de esta región: la pesca; y por otro lado, la influyente tradición que emerge en la forma como los niños indígenas acceden a los conocimientos biológicos sobre los peces y el hábitat en el que se encuentran.

## Palabras clave

Región amazónica, indígenas, cultura, pesca, fronteras, conocimiento biológico.

## Abstract

This chronicle narrates the experiences of the field exit to the region of the Amazon in the I period of the year 2013, product of the intercultural dialog with the communities indigenous to the zone of Port Nariño and San Antonio, The Amazon. The approximation with the indigenous settlers allowed us to understand two fundamental aspects of the life and culture of this population. On the one hand, the intercultural dynamics that emerge of one of the most representative activities of this region: the fishing and on the other hand, the influential tradition that emerges in the form as the indigenous children they accede to the biological knowledge on the fish and the habitat in which they are.

## Keywords

Amazonas region, indigenous, culture, fishing, borders, biologic knowledge.

1. Estudiante de octavo semestre de Licenciatura en Biología. Universidad Pedagógica Nacional. Correo electrónico: jams1208@hotmail.com



Visitar la imponente región amazónica y poder vislumbrar la infinitud del río que la rodea produce una sensación de satisfacción, quietud, agrado y a la vez de respeto a la gran diversidad biológica y cultural que esta reúne. Esta región que encierra costumbres, tradiciones, leyendas y mitos indígenas invita y acoge cada día a curiosos, conocedores e investigadores a construir las historias de las comunidades indígenas yaguas, ticuna y huitoto que se entretajan en medio de la inmensidad de este paisaje.

Todo comenzó el 15 de mayo del 2013, cuando arribamos al municipio de Puerto Nariño, Amazonas, a seis horas en lancha de la ciudad de Leticia. Este es el segundo municipio del departamento, conocido como “El pesebre del Amazonas”, por la singularidad de sus calles angostas.

Al siguiente día se apreció un amanecer como ninguno, la luna en el cielo se abría camino entre las nubes, que a su vez se alejaban para dejar entrever la magnitud de un cielo despejado y de un ambiente calmado y sumiso. Este panorama pronto permitió presenciar la dinámica ejercida por los pobladores de esta zona de la región amazónica: la pesca, actividad económica principal de Puerto Nariño, después del ecoturismo.

Estando en la plaza de Puerto Nariño notamos el rostro afanado y espontáneo de un grupo de hombres y mujeres que llevaban en sus manos baldes llenos de pescados provenientes del predominante “listón plateado del Amazonas”. Son los indígenas pescadores en búsqueda de un lugar estratégico para su venta. La curiosidad por conocer las historias ocultas en aquellos rostros, que inspiraban un toque de sencillez, empezó a invadirnos.

La decisión para entablar contacto con ellos se hizo esperar, pero más temprano que tarde llegó el momento de acercarnos. Esta aproximación fue algo tímida, nos preocupaba que se incomodaran con nuestra presencia, pero poco a poco las palabras fueron fluyendo y los comentarios se estaban convirtiendo en puras conversaciones que inicialmente estaban relacionadas con los precios y las características de los peces que pretendían vender. Los primeros en cruzar palabra con nosotros fueron un hombre y una mujer de tez trigueña, estatura baja, ojos pequeños un poco rasgados, y cabello negro y lacio. Con ellos la conversación empezó cuando les preguntamos qué valor tenía un bagre de aproximadamente 1 metro y ellos respondían \$ 5000, una pareja de pacú (pez plano perteneciente a la familia de las pirañas), y exclamaron ¡\$ 5000!, al parecer todos los peces tenían un precio estándar, la unidad de peces grandes y las parejas de peces medianos. Los indígenas nos miraban con intriga, así que decidimos explicarles que sería

interesante para nosotros saber sobre los peces que pescaban y sobre cómo lo hacían; ellos asintieron con sus cabezas, lo primero que nos contaron era el nombre de los peces, ellos nos decían: —pescamos de todo, “pescado de cuero (bagre), palometa, lisa, pintadillo, cucha, torre, mota, piraña, pacú, tucunaré, arawana”. Adicionalmente, nos decían que los pescados estaban frescos porque los habían pescado en la noche y en las primeras horas de la mañana; sus afirmaciones eran ciertas porque algunos hacían retumbar el balde con el movimiento de sus cuerpos y con el sonido estrepitoso de la abertura de su opérculo.

Al terminar este diálogo, pensábamos preguntarles la forma en la que pescaban pero observamos cierta inquietud por vender sus pescados, así que decidimos alejarnos para que los ofrecieran a los clientes interesados que rápidamente llegaban a la plaza. Sin embargo, cuando estos se alejaban nos permitían seguir dialogando con ellos y preguntándoles si las mujeres pescaban y ellos con el movimiento de su cabeza nos respondían que no. Les preguntamos si los niños hacían parte de esta actividad y asentían con su cabeza, pero no respondían más que eso; sus respuestas al final eran tan breves, como el aire imprevisible de la mañana que chocaba nuestros rostros. Un sí o un no representaban para nosotros la base para la construcción de un diálogo intercultural, que nos permitiría acceder a nuevos conocimientos sobre las comunidades indígenas de Puerto Nariño, Amazonas y su cotidianidad.

Con el pasar de los minutos, había algo que nos inquietaba de los indígenas con los que hablamos, era la particularidad de su acento, así que nos tomamos la atrevimiento de preguntarles a qué comunidad indígena pertenecían, ellos respondieron con timidez, “Somos ticuna... del Perú”. En ese momento, la expresión de nuestros rostros cambió porque nos sorprendió saber su nacionalidad, saber qué hacían allí y cómo llegaban a este lugar para vender sus pescados; a partir de allí tratamos de entablar una conversación más amena para que la fluidez de sus respuestas fuera proporcional a la longitud del río que nos limitaba.

Decidimos preguntarles sobre su lugar de origen y ellos nos indicaron, con rostros de desaliento, que el lugar donde vivían era muy pequeño, señalando con sus manos un poco maltratadas (seguramente por sus trabajos), un pequeño sector cercano, llamado San Antonio (Perú), nos comentaron que eran poblaciones muy tranquilas, que casi nadie visitaba, y que por eso había pocas posibilidades de vender sus pescados en ese lugar, explicando que por tal motivo se dirigían a Puerto Nariño a venderlos.

Este diálogo fue algo interesante no solo porque el relato estaba siendo contado por indígenas del Perú, sino también porque comprendimos que el sentido de la cooperación y la unidad entre los grupos indígenas está presente en sus tradiciones sin tener en cuenta sus lugares de origen. Esta idea se puede afianzar citando a la doctora Claudia Leonor López Garcés, la cual indica en su tesis de doctorado que el sistema clánico de organización social como eje articulador de las relaciones intra e interétnicas; la mito-historia como sistema de conocimiento a través del cual los ticuna interpretan el mundo en que viven; el ritual de menarquia de las adolescentes, la fiesta tradicional más importante para este pueblo y el idioma ticuna como código de comunicación, constituyen lo que se denomina “factores culturales primordiales” en los que se fundamenta la identidad étnica ticuna. Esto significa que dichos rasgos culturales, como parte fundamental de la “herencia cultural” ticuna, generan “vínculos primordiales” que se traducen en sentimientos de pertenencia al grupo y de cohesión entre sus miembros” (López, 2005).

Luego de esta conversación, el panorama se abrió aún más frente a nuestros ojos para mostrarnos que en la Amazonia los grupos indígenas construyen relaciones estrechas donde la unión y la tolerancia van de la mano. El día aún era muy joven y cada vez más se despertaba el interés por entender como llegaban mujeres cargadas de baldes llenos de pescados, para rápidamente ubicarse en fila recta hacia la entrada de la plaza. Observamos sigilosamente la dinámica de venta de estas mujeres, y pudimos identificar el mismo acento de los indígenas con los que anteriormente habíamos conversado así que luego de ello, descubrimos que también eran de nacionalidad peruana. Un tanto emocionados nos acercamos a ellas con la misma intención de preguntar los nombres de los pescados pero nos miraron fríamente sin enunciar una sola palabra. La actitud de estas mujeres era más seria, eran más calladas, en sus caras se veía una imagen de cansancio, de agotamiento, permanecían con sus cabezas agachadas y sus manos entrelazadas, sin embargo, a través de esas miradas afloraba nobleza y timidez.

Sin emitir juicios y siendo precavidos y prudentes, nos dispusimos a preguntarle a tres mujeres que esperaban con paciencia, detrás de una canasta llena de pescados, de dónde eran y nos dijeron: “Del Perú y ticunas”. Nosotros les comentamos cosas nuestras para crear confianza, “somos de Bogotá”, les dijimos “y es la primera vez que vinimos por acá, estamos impresionados de los pescados que tienen para la venta y nos gustaría saber cómo hacen para pescarlos”. Las mujeres nos miraban y solamente sonreían. Había que crear confianza, así que como comentario uno de nosotros dijo que las mujeres

debían estar cansadas por tanto trabajo en la pesca y venta, y una de ellas con entusiasmo expresó: “No, no, si los que pescan son nuestros maridos, nosotras solamente venimos a venderlo”. Ingenuamente les respondimos que pensábamos que ellas también le ayudaban a sus maridos a pescar. Las mujeres se sonrojaron y se rieron con timidez. Una de ellas quiso ser más explícita con nosotros y afirmó que sus maridos se dedicaban a pescar en la noche o en la madrugada con grandes flechas fabricadas por ellos mismos, para atrapar peces grandes y con redes para los más pequeños; en ese momento todos permanecemos callados con actitud de escucha y comprendimos que nuestras cuestiones serían resueltas por los indígenas en la medida que les permitiéramos saber sobre nosotros y sobre la intencionalidad de nuestras preguntas.

Así que les contamos que veníamos de Bogotá con la Universidad Pedagógica, les contamos que estudiábamos para ser maestros de Biología y que estábamos allí para saber más de su cultura, de sus costumbres y de algunas de sus tradiciones; ellas atentas nos escucharon y sonrieron. Las preguntas comenzaron y las respuestas no se hacían esperar, lo primero que les preguntamos fue a qué se dedicaban si sus maridos eran los que pescaban y ellas respondieron que debían estar en sus casas cuidando a sus hijos, haciendo la comida para ellos y para sus maridos y que luego se tomaban un tiempo para descansar porque inmediatamente los hombres llegaban de pescar en la madrugada ellas debían estar preparadas y listas para ir muy temprano a la plaza de Puerto Nariño a vender los pescados y aprovechar los primeros clientes. Nuestro asombro y fascinación por sus relatos fue evidente, la ambición por saber más sobre ellos se acrecentó y así llegó el momento de preguntarles sobre la forma como habían aprendido sus maridos a pescar y sobre el legado que cada familia dejaba a sus hijos de esta tradición, ellas, un poco confundidas por la pregunta, pero a la vez interesadas manifestaron que sus padres les habían mostrado que el río era una fuente para conseguir su comida diaria y así mismo la pesca como una forma de vivir, que sus abuelos y padres hacían las grandes varas para pescar y les mostraban cómo pulían con una navaja la punta de estas grandes flechas, y de cómo sus madres les enseñaban a cocinar y a vender porque enfatizaron de nuevo que la obligación de la pesca en el río ha sido del hombre y la venta de esos pescados de las mujeres.

Sin esperar a que llegaran compradores para evitar la distracción de las mujeres, les reiteramos la pregunta anterior, sobre cómo ellas les enseñaban a los más pequeños para que esta práctica de la pesca fuera una tradición que se difundiera de generación en generación y, como

era de esperarse, la mujer que aparentemente tenía más edad nos respondió que sus hijos aprendían observando lo que sus padres hacían, al igual que las niñas con sus madres, y que desde un inicio cada uno de ellos sabía cuál era su labor en la familia. La respuesta nos dejó un poco pensativos así que le preguntamos cómo hacían para que ellos supieran esto y nos dijeron que los niños salían con sus padres a practicar y las niñas permanecían con sus madres ayudándoles en lo que competía a las mujeres: estar en la casa, cocinar, ayudarle a su madre en las tareas de la casa y, de vez en cuando, ir con ellas a vender los pescados que su padre había capturado. Como indica Fábio Vaz de Almeida, la pesca es un trabajo de hombres, raramente es conjunta, incluso entre los habitantes de la misma casa. La mayoría acostumbra pescar con caña y flechas (Almeida, 2005).

A pesar de que los ticuna posean tradicionalmente técnicas de pesca, estas han sufrido una serie de variaciones durante el transcurso de los últimos 50 años, junto con las nasas, predominaba el uso del barbasco (utilización de plantas ictiotóxicas), arpones y flechas, pero últimamente se están utilizando técnicas como la barandilla (vara recta y flexible), espinel (cuerda de 2 metros atada a 2 árboles con un anzuelo), malla y volantín (boya a la cual se asegura un nailon), las tres últimas han sido adoptadas bajo la influencia de sociedades colombianas y brasileñas (Vieco y Oyuela, 1999).

Ya para finalizar la conversación con estas mujeres decidimos preguntar sobre la relación que tenían ellas con los habitantes de Puerto Nariño y con ánimo respondieron que eran muy amables y las dejaban vender sus pescados, porque, según ellas, se dedicaban a otras cosas relacionadas con el turismo, como la fabricación de artesanías. La simplicidad impresa en esas respuestas y la franqueza de esas palabras hicieron eco en nuestras cabezas en esa corrida mañana, en la que constantemente mujeres peruanas seguían desembarcando de pequeñas canoas en la plaza de Puerto Nariño. Por un lado, las palabras de la mujer nos dejaron sorprendidos sobre las razones por las que los nativos de Puerto Nariño no estaban presentes allí y pensamos que probablemente se debía a la influencia que ha traído consigo el desarrollo económico en esta zona y el ecoturismo bien marcado que se establece allí, afianzado por la presencia del Hotel Decamerón, uno de los más reconocidos del país.

En ese momento decidimos retirarnos y darles las gracias por sus comentarios. Luego nos acercamos a otras mujeres que se encontraban allí y con prudencia les preguntamos cuál era el pescado que más se vendía. Una de ellas alcanzó de una pita un pescado: “El bagre”, y nos aclaró que no tenía espinas, que era un pescado de “cuero” y que era muy grande, con ello aprovechamos

y les preguntamos de dónde eran, ellas respondieron: “De Puerto Nariño”. Alegres de encontrar vendedores nativos, quisimos indagar un poco sobre el pirarucú y nos comentaron que era muy escaso porque lo pescaban mucho y ya estaba en extinción. Cuando algún pescador era suertudo de encontrar un ejemplar de esta magnitud y trataba de venderlo, la noticia rápidamente llegaba a las autoridades, que decomisaban el pez para devolverlo nuevamente a su hábitat.

El diálogo fue ameno y tratamos de corroborar alguna información que teníamos con lo que ellas conocían. Les preguntamos sobre la mejor temporada para pescar y dijeron que esta era la fecha de abundancia, entre marzo y abril. Allí vinieron clientes y las mujeres se entretuvieron vendiendo casi todos sus pescados. Asombrados por los bajos costos hicimos nuestra visita un tanto prolongada y esperamos a que atendieran a sus clientes para preguntarles algo que ya habíamos preguntado a los indígenas peruanos y era cómo aprendían a pescar sus maridos y cómo les enseñaban a sus hijos el arte de capturar peces de gran magnitud y también de tamaño pequeño; la intención era clara, queríamos saber si las tradiciones ticunas del Perú eran iguales en Puerto Nariño y si se difundían sin importar las fronteras que los separaban.

En ese momento vendieron unos cuantos peces a un hombre que tenía un restaurante muy cerca de allí, tuvimos que esperar un poco, pero prontamente respondieron la pregunta comentando, primero, que tanto las mujeres como los hombres podían aprender a pescar, pero que solamente los hombres se dedicaban a realizar la labor. Ellas y sus maridos habían aprendido viendo a sus padres y abuelos, cuando los llevaban en las pequeñas canoas por las que se transportan. En un tiempo capturaban a los peces con flechas principalmente, pero después comenzaron a fabricar redes que les facilitaba el trabajo con los peces más pequeños.

Ya para finalizar, les preguntamos cómo les enseñaban ahora a sus hijos la actividad de la pesca. Con un gesto de entusiasmo y admiración, nos explicaron que los niños de ahora entendían más rápido y aprendían solamente mirando, entonces ellas enviaban a sus hijos con sus maridos cuando estos iban a pescar en la tarde-noche, para que ellos aprendieran, porque cuando crecieran y su padre ya no pudiese pescar más, debían ser quienes se encargaran de la labor y así de generación en generación. Estas respuestas afianzaron nuestros conocimientos sobre la tradición pesquera en esta zona, los indígenas de nacionalidad peruana poseen las mismas tradiciones sin importar que estén localizados en otro lugar y las prácticas ejercidas por los padres son rápidamente adoptadas por sus hijos.

Como se manifiesta en el artículo “Los pueblos indígenas de Colombia en el umbral del nuevo milenio”, en los pueblos ticuna del Amazonas y otros grupos indígenas existe:

Una función social general, de transmisión de conocimiento, que recae de manera especial en la familia donde los adultos —del núcleo familiar generalmente extenso— instruyen a los niños y jóvenes de su mismo sexo. Hay también una responsabilidad en esta transmisión de conocimientos en la relación entre grupos generacionales en la cual los ancianos o mayores tienen un lugar de preeminencia. A esta función suele designarse como proceso de socialización, en el cual la familia y la comunidad en su conjunto transmiten los conocimientos, valores y pautas de comportamiento a los individuos, moldeando su carácter desde el nacimiento hasta su muerte.

La socialización primaria es la que se vive principalmente en la niñez, en el seno de la familia y la comunidad, la secundaria hace referencia de manera principal a la vida joven y adulta donde este ciclo se cumple en instituciones formales como la escuela o un grupo generacional de iniciación o de trabajo. En los grupos indígenas el joven para pasar a la vida adulta e integrarse a la vida social propia de su género, debe someterse a rituales de iniciación en los que se exige o se somete a un proceso de instrucción previo. El iniciado debe conocer y dominar las técnicas productivas propias de su género y debe ser instruido en la tradición y normas de comportamiento social de los adultos. (Departamento Nacional de Planeación de Colombia, 2006)

La curiosidad en esta visita a la plaza de Puerto Nariño se acrecentó y ahora queríamos saber cómo los adultos les mostraban a sus hijos dónde y en qué momentos pescar, así que nos acercamos a una mujer que permanecía sola, parada frente a su canasto lleno de pescados para vender y le preguntamos de dónde era, ella respondió “de acá”, insistimos entonces y le preguntamos que si de Puerto Nariño y ella asintió con su cabeza, le hicimos la pregunta y respondió que qué queríamos, le respondimos que éramos estudiantes de la Universidad Pedagógica Nacional y que visitamos la zona para conocer un poco sobre ellos, ella con cara de desconfianza nos dijo que le repitiéramos lo que le habíamos preguntado y finalmente respondió. La mujer nos explicó que en ocasiones los hombres llevan a sus pequeños hijos para que los acompañen a pescar y les muestran que a los peces grandes hay que pescarlos uno por uno y los pequeños se pueden capturar con grandes redes, además que por experiencia les indicaban las zonas en donde se encon-

traban los pescados grandes que según ella eran las orillas de los ríos y donde el agua no se movía mucho y los más pequeños en lo profundo del río y donde este tenía algo de movimiento. Estuvimos atentos a la explicación de la mujer y comentamos luego de hablar con ella, que por la experiencia que tienen los hombres de esta zona han sabido reconocer a lo largo de los años la dinámica de la zona que los rodea y que no necesitan de análisis complejos y grandes estudios para entender lo que el mismo río les muestra.

Esta última conversación dejó en nuestros pensamientos una sensación de satisfacción y agradecimiento. Finalmente nos despedimos agradecidos con cada una de las personas que nos proporcionó algo de sus conocimientos y todos ellos con una mirada sonriente y un rostro afable movieron sus cabezas de arriba hacia abajo para despedirse.

Los diálogos que tuvieron lugar en la plaza nos permitieron entender que para los grupos amazónicos el territorio es una unidad. Todos los seres que habitan en él están relacionados entre sí y hacen parte de una trama simbólica que se constituye en un legado que une a las generaciones presentes con las generaciones del pasado y el futuro. De allí que las formas de conocer y educar cumplen en la tradición con el importante papel de garantizar el respeto a la naturaleza y a la vida social; evidenciándose el hecho de que para los grupos étnicos de la región sur de la Amazonia colombiana existe un vínculo estrecho entre educación y naturaleza y por ende entre educación y biodiversidad (Hoz y Ruiz, 2007).

Aquel cielo despejado de las cinco de la mañana pasadas se estaba opacando por la presencia de nubes grises que cubrían la gran dimensión de este cielo, reflejado de naturaleza y aire limpio. A las siete horas la policía local les exigió a las mujeres que ingresaran a la plaza a vender sus pescados y que no se quedaran allí afuera, probablemente no era permitido ubicarse en ese lugar.

Fue interesante seguir conociendo el lugar, pero desde otros ámbitos, así que al día siguiente hicimos una visita que daría sentido a los diálogos propiciados en Puerto Nariño y nos ofrecería una visión más amplia de la forma como los padres indígenas educan a sus hijos en la actividad de pesca. La visita fue a San Antonio, Perú. Al llegar había un grupo numeroso de niños formando un círculo, jugando con su profesor y haciendo diferentes lúdicas, los niños eran de distintas edades desde los 5 años hasta los 13 años aproximadamente. Inmediatamente nos incorporamos en la actividad y creamos lazos con varios niños del lugar. La experiencia fue magnífica, ya que, por un lado, nos pudimos encontrar con las mujeres que



habían estado vendiendo sus pescados el día anterior en la plaza de Puerto Nariño y, por otro lado, pudimos entablar conversaciones con los niños, que al parecer estaban tan asombrados como nosotros por esta visita.

Después del almuerzo y el tiempo de juego, los niños querían hablar con nosotros y conocernos. Ese fue el momento en el que las preguntas iban y venían y se dio la oportunidad de hablar sobre sus conocimientos de la pesca. Nosotros, interesados por conocer todo lo que nos querían contar, les preguntamos sobre los peces que podíamos encontrar en el río Amazonas, ellos afeitados por hablar, en especial los más pequeños, decían: “yo sé, yo sé, el tucunaré, el pintadillo, la piraña, el bagre es el más grande”, otros decían “yo sé cómo se pescan los pescados de cuero” y otro decía, “yo sé cómo se hace con los pequeños como la cucha”, estábamos tan emocionados y atraídos con sus respuestas que inmediatamente lanzábamos preguntas al aire para que entre todos respondieran, ¿cómo se pescan?, les decíamos y ellos gritaban sin escucharse, “Mi papá me lleva a selva con él para cortar árboles y hacer las flechas”, otro decía “ah sí con eso se pican los más grandes” y otros con ligereza decían “los pequeñitos toca con mallas porque son rápidos y se van rápido...” No pudimos preguntarles más cosas porque estaban impresionados por nuestras cámaras y por tomarse fotos con ellas, así que continuamos nuestros diálogos con niños un poco más grandes que con un poco de timidez nos contaron los peces del río que conocían: “La mota, la cucha, la piraña, lisa palometa, pintadillo...” al final terminaron por contar-nos que el mejor tiempo para pescar era de noche, porque los peces grandes rondaban solitarios por el río, o cuando había muchas lluvias el río se crecía y había muchos peces a diferencia de cuando había mucho sol, pues el río bajaba. Inmediatamente otro niño se acercó despacio y con cara de tristeza, expresó que él podía ver cuando algunos peces quedaban vivos después de que los pescaban. Les cuestionamos sobre eso, los más grandes respondían que aún estaban vivos porque tenían aire y que cuando la tapita que tenían a los lados se cerraba y dejaba de abrirse, y el pescado ya no se movía era porque se le había acabado el aire y había muerto. Quedamos asombrados con esa respuesta, al pequeño le quedó claro por uno de sus mismos compañeros lo que quería saber y por nuestra parte les preguntamos quién les había enseñado y ellos dirigieron la mirada y sus dedos índices a su profesor que se encontraba a unos pocos metros de allí.

Ya en estas circunstancias de interacción intercultural es fácil entender cómo los pueblos tuvieron que adaptarse al lugar con su gran diversidad de flora y fauna. Adquirieron conocimientos de las plantas silvestres y domesticadas, y también de los animales. Desarrollaron tecnologías para aprovechar los recursos naturales,

formas de organización social para realizar sus tareas, e ideología religiosa para legitimar las tecnologías y pautas de organización. Se considera que hay una estrecha relación entre los conocimientos del hábitat, las tecnologías empleadas, la división del trabajo entre hombres y mujeres, y la cosmovisión (Mateo y Cornejo, 2006).

Sin duda, el conocimiento biológico en estos niños se da exclusivamente por la experiencia cercana que viven en su cotidianidad, con su familia y comunidad. Ese proceso parte de la observación, como fue manifestado por las mujeres en la venta de pescado. Hoy podemos decir que el conocimiento indígena, incluido el de la pesca, es el acumulado de saberes, prácticas e innovaciones, que a través del tiempo se han transmitido de generación en generación de forma oral y en algunos casos de forma escrita y, por tanto, el vínculo específico de los pueblos indígenas con el medio natural, se deriva de los conocimientos tradicionales (Soria, 2007).

La tarde se oscureció muy rápido y nos despedimos de los niños agradecidos por todo lo que habíamos aprendido de ellos y de sus familias. Las mujeres muy amables se despidieron y añadieron que nos esperaban en otra oportunidad. Con rostros de tristeza, pero con un cúmulo de cultura y aprendizajes nuevos dentro de nosotros, nos despedimos de ellos y comentamos cuánto añorábamos volver a este lugar.

Las visitas y las experiencias vividas, sin duda, marcaron nuestra vida. Por un lado descubrimos que en esta región de la Amazonia el diálogo de saberes es usado como ruta metodológica para aprender y enseñar conocimientos biológicos, en este caso relacionados con la pesca y, por otro lado, nos permitió poner en diálogo nuestro bagaje cultural con una sociedad totalmente distinta a la que experimentamos en la ciudad. Nos permitió también pensar la diversidad cultural despojándonos de juicios occidentales-modernos, sobre el rol de la mujer y el hombre y la forma de adquisición del conocimiento. De manera que comprendimos con respeto y admiración el papel de la mujer en la actividad pesquera, la forma de pesca de los hombres, las técnicas que se han transmitido de generación en generación, las formas de enseñanza a los más pequeños para seguir el legado de sus padres, los conocimientos que los niños han adquirido por tradición y práctica sobre los peces. Y, para finalizar, lo más importante, entendimos que no existen límites en la Amazonia. En este sector de la frontera colomboperuana la amabilidad, el respeto y la solidaridad entre los pobladores van de la mano. Estas comunidades indígenas nos mostraron que nos existen fronteras, ni diferencias, no existe el otro, porque todos somos iguales, somos una unidad que debemos difundir y trascender. Ese fue el mensaje que perduró del amplio diálogo intercultural entre nosotros, estudiantes de la capital de Colombia, y los pobladores indígenas de la Amazonia.

## Referencias bibliográficas

- Almeida, F. (2005). *Desarrollo sustentado entre os ticuna: as escolhas e os rumos de um projeto*. Equipe de edição da Povos Indígenas no Brasil. Extraído el 14 de diciembre del 2013 de: <http://pib.socioambiental.org/es/povo/ticuna/1348>
- Departamento Nacional de Planeación de Colombia (2006). Los pueblos indígenas de Colombia en el umbral del nuevo milenio. Acnur. Agencia de la onu para los refugiados. Extraído el 01 de diciembre del 2013 de: [http://www.acnur.org/paginas/index.php?id\\_pag=5640](http://www.acnur.org/paginas/index.php?id_pag=5640)
- Fernández, P. (2013). Ticunas: los hombres pescado. Extraído de la revista *El Informador* el día 15 de diciembre del 2013 de: <http://www.informador.com.mx/suplementos/2013/473143/6/ticunas-los-hombres-pescado.htm>
- Gobierno Nacional, Alcaldía de Puerto Nariño, Amazonas (2012). Economía de del municipio de Puerto Nariño, Amazonas. Alcaldía de Puerto Nariño, Amazonas. [http://www.puertonarino-amazonas.gov.co/informacion\\_general.shtml#economia](http://www.puertonarino-amazonas.gov.co/informacion_general.shtml#economia)
- Hoz, N. y Ruiz, S. (2007). Diversidad biológica y cultural del sur de la Amazonía colombiana. Instituto de Investigaciones en Recursos Biológicos Alexander von Humboldt, Instituto Amazónico de Investigaciones Científicas Sinchi, Corporación para el Desarrollo Sostenible del Sur de la Amazonia Corpoamazonia, Colombia. Extraído el 7 de agosto del 2013 de: [http://www.humboldt.org.co/iavh/documentos/politica/politicas\\_ambientales/2007%20Diagnostico%20Biodiversidad%20Sur%20de%20la%20Amazonia.pdf](http://www.humboldt.org.co/iavh/documentos/politica/politicas_ambientales/2007%20Diagnostico%20Biodiversidad%20Sur%20de%20la%20Amazonia.pdf)
- López, C. (2005). Ticunas brasileiros, colombianos y peruanos: etnicidad y nacionalidad en la región de fronteras del Alto Amazonas [Tesis de Doctorado, cap. 4, Organización política e identidad Ticuna] Universidad de Brasilia. Extraído el 10 de diciembre del 2013 de: <http://www.tesis.bioetica.org/tic.htm>.
- Martínez, J. (2013). Experiencias vividas. Salida de campo de la licenciatura de biología vi semestre. Amazonas 2013. Cuaderno de campo. Universidad Pedagógica Nacional.
- Mateo, S. y Cornejo, C. (2006). *Estrategia regional de la diversidad biológica de Amazonas*. Perú: Ed. Biodamaz. Extraído el 7 de agosto del 2013 de: [http://www.iiap.org.pe/Upload/Publicacion/ERDB\\_Amazonas\\_12-03-07.pdf](http://www.iiap.org.pe/Upload/Publicacion/ERDB_Amazonas_12-03-07.pdf)
- Soria, J. (2007). *El conocimiento indígena asociado a los recursos de biodiversidad y su implicación en el sistema de derechos de propiedad intelectual: una mirada desde la perspectiva indígena*. Bogotá: Pensamiento Jurídico. Extraído el 10 de agosto del 2013 de <http://www.derecho.unal.edu.co/unijus/pj18/7-CONOCIMIENTO.pdf>
- Vieco, J. y Oyuela, A. (1999). La pesca entre los ticuna, historia, técnicas y ecosistemas. *Boletín de Antropología*, 13(30), 13-14. Extraído el 15 de diciembre del 2013 de: <http://www.clas.ufl.edu/users/caycedo/historical%20ecology/Amazonas/1999%20Ticuna%20Fishing.pdf>